

LA VERDAD RELIGIOSA

REVISTA MENSUAL

¡VIVA JESÚS SACRAMENTADO!

CUÁNTAS veces, y en cuántas partes se repetirán estas palabras durante todo el mes de Junio con motivo de la fiesta del *Corpus*! Y en verdad, la fórmula es insustituible para expresar los vivos sentimientos del corazón del cristiano hacia Jesús prisionero en la sagrada Hostia. ¡Viva!... es el grito del amor más sincero, es la expresión gráfica de la alegría, de la complacencia; es el aplauso más elocuente y el honor más grande que se puede tributar á una persona. Si queremos saber aún mejor la energía y eficacia de este lenguaje, fijémonos en la expresión opuesta, es decir, en el terrible ¡muera!, palabra fatídica, signo de reprobación y de desprecio infinito; es la última palabra que decide nuestra elección.

Por consiguiente, ¿qué valor tiene esta fórmula en boca de un cristiano, hablando con Jesús en el Santísimo Sacramento? ¿Qué ideas, qué pensamientos encierra, dignos de recordarse? Su valor es muy grande, y las ideas y pensamientos que contiene son muchos y sublimes, divinos. Veámoslo.

Cristo ha dicho: «Yo estaré con vosotros todos los días hasta la consumación de los siglos». (Math. XXVIII, 20). Y ¿cómo había de estar Cristo con nosotros? ¿No debía de subir al Cielo, y sentarse á la diestra del Padre, después que hubiese rescatado al hombre, y héchole hermano suyo, y por consiguiente, coheredero de su gloria? ¿Era preciso, acaso, que muriese segunda vez para aplacar la ira divina, que los pecados posteriores á su Pasión santísima provocarían? Cristo, ciertamente, subió al Cielo; mas su caridad inmensa, infinita, no le permitió separarse de nosotros, y para esto obró un estupendo prodigio instituyendo el Sacramento de la Eucaristía. Aquí está como en el Cielo á la diestra de su Eterno Padre; aquí está no para morir segunda

vez, sino para alentarnos con su presencia, para avivar nuestra fe y nuestra caridad. Nuestro amado Jesús vino á fundar el reino de Dios entre los hombres, y, comprendiendo de sobra nuestra fragilidad, sabiendo que el hombre es muy olvidadizo de los beneficios, y que necesita algo que le despierte constantemente la conciencia del deber, El mismo se encargó de esta empresa: aquí está en medio de nosotros, aquí sentó sus reales, y aquí permanecerá hasta el fin de los tiempos. Esta es la idea que principalmente contiene la fórmula cristiana que estamos examinando. Cristo como Rey, el reinado de Jesús en las almas por medio de la Eucaristía, es lo que celebra y aplaude el cristiano con dichas palabras: ¡Viva Jesús Sacramentado!... Con esto dice el cristiano á su Dios, que reine sobre él; con este saludo aprueba su obra de amor infinito; y quiere que aquí permanezca, quiere que todos le conozcan y se postren ante la divina Majestad, y como Rey le aclamen todos. «Da loor, hija de Sión, dice con el profeta Sofonías; canta Israel: alégrate y gózate de todo corazón, hija de Jerusalén. El Señor ha borrado tu condenación, ahuyentó tus enemigos; el Rey de Israel, el Señor en medio de tí, nunca más temerás mal. El Señor Dios tuyo en medio de tí, Dios fuerte, El te salvará; se regocijará sobre tí con alegría, callará por su amor, y de nuevo se regocijará sobre tí con alabanza» (cap. III, 14, 15 y 17). ¡Qué hermosa profecía, cumplida al pie de la letra en Jesús, cautivo por nuestro amor en el sagrado tabernáculo! Y uniendo su voz al coro de alabanzas con que la Iglesia celebra este Santísimo Misterio, repite con entusiasmo divino, y con más razón que Moisés, aquellas sus célebres y patéticas alocuciones al pueblo de Israel: «Ved el pueblo inteligente y sabio, gente grande (por su sabiduría). No hay nación alguna tan grande que tenga sus dioses tan cercanos á sí, como lo está nuestro Dios en todas nuestras plegarias» (Deut. cap. IV, 6 y 7). «El Señor es Rey en toda la tierra, dice con Zacarías; es uno el Señor, y su nombre uno también» (cap. XIV, 9). ¡Viva, pues, nuestro único Rey y Señor! ¡Viva Jesús! que por su caridad infinita hacia el hombre ingrato, fijó su trono en el augusto Sacramento del Altar: ¡Viva Jesús! que por lo mucho que nos ama, sólo tiene un nombre, *Amor*. Reinad, Señor, reinad en nosotros; vuestros soldados somos, bajo vuestra bandera hemos de luchar siempre contra el infierno, que por rudo que sea el combate, confiados en tu omnipotencia, nunca cejaremos:

nuestra dicha será poder derramar nuestra sangre, si así lo exige vuestra gloria y nuestro honor de valientes y leales soldados:

«Si morir por su rey es digna suerte
El morir por su Dios ¡qué ilustre muerte!»

Estos y otros sentimientos y recuerdos suscita al cristiano la meditación atenta y fervorosa sobre el sentido profundo de esta sencilla fórmula con que saludamos á Jesús en la sagrada Eucaristía. Ya se dejan traslucir el valor y lo fecundo de la expresión. ¡Honrar á Jesús como Rey!...: ¿qué cosa puede haber más grande, más encantadora, más atractiva para los corazones enamorados del buen Jesús? Y, no hay duda, este es el espíritu de la Iglesia en las solemnísimas fiestas que celebra en honor de Jesús Sacramentado. Ya ha puesto á nuestra vista los misterios en que Cristo aparece como Redentor y Salvador; y ahora quiere que recordemos, cómo habiendo venido á fundar el reino de Dios, El es nuestro verdadero Rey. Y porque el motivo es tan excelente, despliega toda la grandeza y sublimidad de su liturgia: nuevos cánticos, nuevas ceremonias, todo, todo quiere que sea nuevo, según canta en el oficio divino:

«Huyan las cosas viejas ya veloces,
Sea ya todo nuevo en este día,
El corazón, las obras y las voces».

Y como á verdadero Rey le saca triunfalmente por las calles, alfombrando los caminos por donde ha de pasar; y entre nubes de incienso y armonías musicales, suben al cielo las plegarias y súplicas devotas de todos los pueblos que á sus pies se postran, obedeciendo humildes á la voz de la Iglesia que celosa nos llama repitiendo sin cesar:

«Hincad, fieles, la rodilla,
Bajo purpúreo dosel
¡El Santo, el Dios de Israel
Está delante...! ¡Cuál brilla
Todo en torno...! ¡Es El, es El!»

¡Qué sabio es el lenguaje cristiano!; para apreciar sus inefables dulzuras, meditémosle atentamente, y reportará á nuestro espíritu muchos consuelos.

FR. W.

LAS ESCUELAS LAICAS

EL tema de las escuelas laicas es el más traído y llevado desde un año á esta parte. En periódicos, en revistas y en públicas manifestaciones, así por los católicos como por los anticlericales, es discutida con calor esta cuestión, en comparación de la cual pierden su importancia las demás cuestiones políticas y sociales que suelen agitarse en la prensa diaria. Así lo reconocen nuestros adversarios, los masones, que ven en la escuela neutra ó laica el medio más poderoso para realizar sus diabólicos intentos de descristianizar al pueblo y destruir, si Dios se lo permitiese, la Religión católica, única verdadera. Así parece que lo han comprendido también los católicos españoles, y por eso han emprendido contra ella esa valiente campaña de protesta, que no ha terminado aún, ni debe terminar hasta que se aleje todo peligro y se logre obligar al Gobierno á que cierre las que todavía permanecen abiertas.

Las escuelas laicas, como todas las ideas perversas y revolucionarias, nos vinieron de Francia. Allí, aparentando una hipócrita neutralidad, logró la masonería, en pocos años, formar una juventud atea, sin ideas religiosas, completamente paganizada; y cuando hubo desterrado á la Religión católica de la familia, y en lugar de las ideas de orden y de moralidad, introdujo la corrupción de costumbres y el odio á la autoridad, creyó llegado el momento de dar la batalla á la Iglesia, y con poco trabajo consumó la obra de iniquidad, expulsando á las Ordenes Religiosas, esclavizando al Clero con leyes infames, destruyendo los templos y, en una palabra, sumiendo á la nación de San Luis y de Clodoveo en el abismo de males que miran con pena hasta sus mismos enemigos. Ya parece que han terminado allí su obra destructora; difícil es que pueda descender más nuestra vecina República por la escala de la degradación y de la impiedad. Por eso la masonería, satisfecha de su obra, y viendo que allí ya le queda muy poco por hacer, vuelve los ojos hacia la católica España, y contra ella dirige todos sus tiros. Bien saben que sus proyectos encontrarán aquí más seria oposición que en Francia; ya se han persuadido de que por el motín, por el pronunciamiento y por la revolución política, adelantan muy poco.

Ahora quieren aclimatar en nuestro suelo la escuela neutra que en Francia les dió tan copiosos frutos. No se presentan al principio como enemigos del catolicismo, ni de ninguna otra religión positiva; proclaman sus maestros que ellos no enseñan otra cosa que la ciencia, la cual es compatible con todas las religiones; alardean de respetar las creencias de los demás, con lo cual logran inspirar cierta simpatía á algunos padres que profesan ideas más ó menos liberales; pero luego en la práctica se ve que esa neutralidad es una mentira, una añagaza para sorprender á los incautos. Poco á poco, con la astucia de la serpiente, irán deslizándose en el entendimiento de los niños las ideas más peligrosas, las doctrinas más depravadas, y, cuando sus padres se lleguen á dar cuenta, hallarán que sus hijos han perdido la fe que ellos en casa les enseñaban, porque el maestro laico ha matado en sus inteligencias los gérmenes de la religión y sembrado en su lugar la cizaña de la impiedad. Que éste sea su plan ya lo confesó el desventurado Ferrer, cuando escribía en una carta á un amigo, de sus propias ideas, que no se había atrevido á poner al centro que dirigía el nombre de *Escuela Anarquista* aunque le convenía mejor que el de *Escuela Moderna*, para que el Gobierno no sospechase y determinase cerrársela, pero que su fin no era otro que el de formar «anarquistas convencidos». Ya lo hemos visto por los frutos que dicha escuela produjo. Los sucesos del pasado Julio en Barcelona fueron obra, en su mayor parte, de los jóvenes educados en las escuelas laicas, y Ferrer, el fundador de las mismas, fué el director de la revolución. El interés que por él y por los demás revolucionarios castigados demostraron los masones y anarquistas de todo el mundo, también hicieron patente que obra de ellos eran las dichas escuelas y que el fin que con ellas perseguían no era otro que la desorganización religiosa y social. La impaciencia ha comprometido ahora, como en otras muchas ocasiones, á los revolucionarios de nuestra España; su falta de disimulo ha descubierto sus planes bastante pronto para que el mal tenga todavía remedio. Los siniestros fulgores de los incendios de Barcelona despidieron claridad más que suficiente para que aun los más ciegos puedan ver cuáles son los proyectos que la masonería intenta realizar en España por medio de las escuelas laicas. El Gobierno es el que primero debiera entender en evitar el peligro; pero, ya que él no inspira confianza alguna, el pueblo católico debe trabajar por imponer sus derechos, nombrando representan-

tes que se obliguen á defenderlos, protestando por todos los medios legales contra las escuelas laicas, y demostrando con públicas manifestaciones que España es una nación católica que no permite que le roben la fe de sus hijos los masones y los anarquistas venidos del extranjero.

Que Dios proteja á España, á fin de que sea en adelante lo que hasta el presente ha sido: la nación más católica del mundo.

J. VAYELLO.

EL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS.

LA devoción al Sagrado Corazón de Jesús es la preferida de las almas místicas y el Sagrado Corazón el centro de atracción de las almas de Dios enamoradas. Todos los Santos de la Iglesia católica han amado al Corazón de Jesús por lo mismo que amaron su persona adorable. Pero los que se distinguieron por su carácter contemplativo, por la vehemencia de amor á Dios, se señalaron también por la devoción al Corazón Deífico; en este Corazón, horno ardiente de caridad y tabernáculo del Altísimo, hallaban descanso y refrigerio á la sed de amor que les abrasaba.

San Bernardo, el Doctor melífero, el cantor del amor delicado y tierno al Esposo de las almas puras, en el Corazón de Jesús hallaba natural refugio; Santa Gertrudis, víctima continua por los pecados del mundo, pasaba su vida escudriñando los secretos de ese Corazón divino y ansiaba sorprender todos sus afectos, sentimientos, tristezas y alegrías para reflejarlos en sí misma y llorar por lo que apenas al Redentor del mundo y gozarse por lo que á El diese honra y gloria.

¿Quién no recuerda á Santa Catalina de Sena? Ofreciéndose siempre á Dios por las ofensas de sus criaturas, sufriendo hasta enfermar por los escándalos y pecados y suspirando de continuo por semejarse en todo á Jesús, modelo de toda perfección y santidad; no se contentó con menos que con pedirle cambiar de corazones, para que así fuese El y no ella el que amase, no

ella sino El en ella quien al eterno Padre se ofreciese.

Así amaron al Corazón de Jesús las almas más puras; así le amó Santa Teresa, á quien Cristo encargó que como verdadera esposa tuviese celo por su honra; así Santa Rosa de Lima, á quien El llamaba *Rosa de mi Corazón*.

Llegó el tiempo querido por Dios, el tiempo en que había de revelar los secretos de su pecho divino, los misterios que San Juan Evangelista aprendió cuando amorosamente se reclinó sobre el costado del Salvador; los misterios que según Santa Gertrudis tenía Dios reservados para los tiempos novísimos, para los días de tibieza y frialdad y Dios escogió para instrumento de esta revelación á una alma humilde según el mundo, ignorante para los sabios, ilusa para la prudencia de la carne, pero llena de Dios y de su espíritu, amada y regalada por Jesús, destinada para introducir en la Iglesia una devoción hasta entonces sólo conocida y practicada por las personas místicas, sólo estimada de los que penetraban en los secretos de la Divinidad. Una santa monja fué la agraciada por Dios con estas comunicaciones de su bondad y la encargada de predicar al mundo las riquezas y tesoros del Corazón de Jesús.

Santa Margarita María de Alacoque fué el apóstol del amor á este Corazón divino, ella la que reveló al mundo los deseos que Jesús tenía de comunicar sus bondades á quien así le honrase y de inflamar los corazones de los hombres en el fuego de la caridad que El trajo á la tierra.

Cómo bendijo Dios los esfuerzos de su sierva todos lo vemos: la devoción al Corazón de Jesús ha recorrido triunfante toda la tierra; los millones de sus adoradores se cuentan por los millones de las almas devotas; el Corazón de Jesús es el árbol frondoso á cuya sombra se refugian todos los corazones puros que hay en la Iglesia. ¿Quién que ame á Jesús, no amará su Corazón divino donde se albergó el amor más intenso, más puro, más desinteresado hacia los hombres?

La devoción al Sagrado Corazón de Jesús es de gran eficacia para la salvación de las almas y es escuela práctica donde los hombres aprenden el camino del amor divino, que es el más breve para llegar á la

santidad. Jesús es la vid; nosotros los sarmientos; nuestra santidad ha de consistir en participar su espíritu, en unir nuestras acciones con su Corazón inmaculado. Nuestra vida interior para ser cristiana ha de tener las virtudes, las intenciones, las disposiciones que anidaron en aquel santuario de amor y nuestra vida exterior ha de ser reflejo fiel de la vida de nuestro Redentor.

Por eso es tan útil escudriñar los sentimientos del Corazón de Jesús, tan suave conocer sus afectos, tan eficaz para corregir, para animar, para consolar, estudiar en la escuela á que nos invita nuestro Redentor al mostrarnos su Corazón hecho llama de amor. ¿Qué corazón ha sido más puro? ¿Cuál ha sido más noble? ¿Cuál ha tenido mayores deseos de salvar á los hombres y ansias más vivas de dar honra y gloria á Dios?

Para tener espíritu cristiano, pensemos en Cristo; para sentir cristianamente, amemos su corazón; para estimar el valor de una alma, acerquémonos á ese Sagrario de amor y preguntémosle lo que padeció y sufrió por buscar las ovejas descarriadas y traerlas al redil. No lo dudemos: la devoción al Sagrado Corazón hace almas místicas; el amor de Jesús prende sus llamas aun en las más frías; la dulzura del Cordero de Dios lleva la paz á los turbados y el celo del Salvador convierte en misioneros y apóstoles á cuantos meditan y repasan las enseñanzas que da su Corazón llagado de amor.

Bien nos dicen esto las almas que practican esta devoción; la pureza y el recogimiento son sus cualidades visibles y el celo por la honra de Dios es el sello que llevan todos sus actos. Todas hablan como aquella santa fundadora (1), que al difundir sus hijas por ambas Américas, les decía con acento de fuego: “¡Ah! Aun cuando fuérais tan lejos sólo para levantar un sagrario más y hacer brotar del corazón de un pobre indio un solo acto de amor, ¿no sería acaso bastante para la dicha de vuestras vidas y para merecer la eternidad?,”

FR. C.

(1) La Ven. Sofía Banat.

YA VUELVEN, MADRE...

A mi querida madre D.^a Sebastiana C. Domínguez.

Ya vuelven, madre, ya vuelven
Aquellas noches amadas
De la hermosa primavera
Que tantos recuerdos guardan
De tu corazón y el mío,
De tu alma y de mi alma...;
Cuando se percibe claro
En la campestre majada
El balar de las ovejas,
Porque el lobo la espanta...
Y se oyen grandes aullidos
Que los fieles perros lanzan
Al ver que el fiero enemigo
A las ovejas asalta;
Al ver que huyen las ovejas
Por sitios mil descarriadas...
Al sentir olor de sangre
De las ovejas matadas...;
Y la voz de la pastora
Repercute en la montaña,
Entre silbidos agudos,
Entre lloros y amenazas,
Conjurando al fiero lobo
Por la Virgen Soberana,
Para que de allí se aleje
Y no vuelva á la majada...



Noches, ¡oh! felices noches,
Hermosas, serenas, plácidas,
En que la luna graciosa
Por el cielo resbalaba,
Dejando atrás los luceros
De la bóveda azula...:
Cuando en el poyo sentados
A la puerta de mi casa,
Tomando el fresco relente,
En primaveras pasadas,
Mi madre, pa distraerme,
Me echaba muy tiernas pláticas
Acerca de Dios que hizo
Aquella luna tan guapa,
Aquellos blancos luceros,
Aquellas noches tan claras...;
Y me enseñó con amor
La benditísima práctica

Que á mi madre en aquel poyo
Mis abuelos enseñaran,
La devoción del Rosario
Que la Virgen Soberana
Reveló á Santo Domingo
Para convertir las almas;
Y me enseñó á meditar
En la Pasión sacrosanta,
Cuyos benditos misterios
En el Rosario se hallan;
Y me decía: «Hijo mío,
Cuando las grandes borrascas
De esta vida, toda penas,
Vengan á turbar la calma
Que yo con gozo contemplo
En tu rostro retratada,
Coge el rosario en tus manos,
Y ten segura esperanza
De que la Virgen María
Te devolverá la calma,
Trocando en suave dulzura
Las tristezas más amargas...;
Y cuando yo me haya muerto
Esta será la plegaria
Que me han de rezar tus labios
Por el descanso del alma...»
Noches, ¡oh!, felices noches,
Vuestros recuerdos me embriagan
En amor dulce y purísimo
Hacia mi madre adorada...

ANTONIO.

UN MODELO DE VIRTUD

(CONTINUACIÓN)

Los sucesos de la vida de Fr. Rafael parecían dispuestos por la Providencia para que su alma, reconcentrada en sí misma, sólo alimentase un deseo, el de romper los lazos de la carne y de unirse á Cristo. Los seres más queridos, sus padres y hermanos, ya difuntos, le invitaban á que abandonase esta mansión de lágrimas, y él mismo tenía cierto presentimiento de que se aproximaba su muerte.

Durante el otoño de este mismo año, el Noviciado de San Esteban hizo una visita á la tumba de Santa Teresa en Alba de Tormes. Esta visita tiene para Fr. Rafael una significación especial, que revela el carácter de su piedad. Ya

antes de alejarse de su patria había orado fervorosamente junto al sepulcro de la Magdalena, de la amiga de Jesús; y ahora que veía cercano su fin, fué también á postrarse ante los restos venerandos de la Doctora del Carmelo, para aprender de ella el grado supremo del amor.

Santa Teresa es para los hijos de Guzmán como una madre, como lo es Santa Catalina de Sena. Los maestros dominicanos y en especial los maestros de San Esteban, dirigieron aquella alma portentosa y enamorada de Jesús. Alma espontánea, sincera, apasionada por la verdad, dispuesta á simpatizar con todo lo que es grande y hermoso, amaba intensamente la fisonomía del gran Patriarca y el carácter de sus obras. Su corazón de fuego, ya de sí apto para cosas extraordinarias, estaba moldeado según el espíritu de los hijos de Domingo. Por eso mostró siempre una predilección especial por esta Orden y quiso llamarse *Dominica en espíritu*.

Fray Rafael tenía un deseo ávido de realizar esta visita, porque esperaba que con ella se aliviase las penas que oprimían su alma, y recibiese nuevos alientos para la lucha que se acercaba. Cuando vió ante sus ojos aquel corazón dilatado por el amor, con la hendidura profunda que había abierto en él un serafín muchos años antes de la muerte de la Santa, sintió en su interior algo de sobrenatural que reanimaba su espíritu é inflamaba su caridad. Y ciertamente que el alma devota y recogida experimenta allí con evidencia un impulso hacia lo divino. Allí el humilde religioso, postrado reverente ante los restos de la Santa, oró por largo tiempo, derramando lágrimas de ternura y pidiendo que su muerte fuese semejante á la de este serafín humano, muerte de amor.

* * *

La Comunidad había hecho los ejercicios espirituales durante la ausencia de Fr. Rafael, cuando fué á su casa á la muerte de su padre; y así para cumplir con esta obligación personal tuvo que hacerlos él sólo hacia fines de año. Las notas que se conservan relativas á ese tiempo, nos permiten vislumbrar lo que pasó durante aquellos días entre su alma y Dios. La memoria reciente de los sucesos anteriores se agitaba aún demasiado intensamente en su espíritu para que dejase de colorear con sus matices fúnebres las meditaciones y propósitos de estos ejercicios. «Dichoso, escribe él en las

resoluciones de su retiro anual, dichoso el que no tiene otra voluntad que la de Dios, porque ya en esta vida goza de la paz y de la felicidad de los escogidos...

Habiendo pedido á Jesús Crucificado que me diese á conocer la causa de mis innumerables faltas, me ha dicho que se deben únicamente á mi poca sumisión á la voluntad de Dios. Deseando, pues, llevar una vida más conforme con el Corazón humilde y obediente de mi Salvador y atraer sobre mí sus bendiciones y los favores de la Inmaculada, postrado á los pies del Crucifijo tomo hoy la resolución siguiente, á la cual seré fiel *hasta la muerte*: Siempre y en todo he de someter con prontitud mi juicio y mi voluntad al juicio y á la voluntad de mis superiores, que son los encargados de manifestarme la voluntad adorable de mi Dios». Y á continuación enumera los medios que debían ayudarle á cumplir esta promesa.

Pero lo más característico de estos últimos ejercicios es la acomodación que hizo á sí mismo de la fórmula de juramento de los romanos contra su rival Cartago: «Mi mayor enemigo, se decía él á sí mismo, mi mayor enemigo es la naturaleza; debo, pues, destruirla á toda costa. *Delenda est Carthago!*» Y á este propósito refiere una de esas luchas interiores que en aquellos días le sobrevino.

«Durante el oficio de *Maitines*, escribe, se ha librado en mi espíritu una batalla terrible entre la naturaleza y la gracia. La naturaleza decía: En vano tomas nuevas resoluciones; jamás llegarás á ser santo. Mientras permaneces en el Noviciado basta que evites las faltas graves; después en el santo ministerio, te podrás santificar más fácilmente; entonces llegarás á ser perfecto.

En el Noviciado precisamente, respondía la gracia, es donde mejor se puede uno santificar; lo cual se consigue evitando hasta las más ligeras imperfecciones. En este asunto la fidelidad es la que lleva á la victoria.

Entonces replicaba la naturaleza: Para llegar á la perfección no es necesario que se sujete uno al director espiritual hasta en las cosas más insignificantes, porque basta para cumplir con la regla que le manifiestes tu estado cada quince días.

A esto respondía la gracia con aire decisivo: Dios quiere que continúes practicando lo comenzado y que manifiestes tu conciencia sin reservas al director. Quiere llevarte á la santidad por esta vía, y para tí no hay otra fuera de ella.

Si te parece penosa, es porque aún no estás convenientemente dispuesto. Así quedará quebrantado tu orgullo y enderezada tu perversa naturaleza...

Entregado á estas consideraciones, contra mi costumbre, levanté la vista del suelo y miré al coro de enfrente, y ví á mis hermanos que cantaban con fervor las alabanzas divinas. Esta vista bastó para que triunfase la gracia.—¿Cómo es esto?, me pregunté; mis hermanos, á pesar de ser más jóvenes que yo, en menos tiempo se han entregado más perfectamente á Dios. ¿Por qué medios han llegado tan pronto á tan alta perfección? Por la energía de voluntad; porque *han querido decididamente*. Si yo quiero como ellos seré también santo; para la gracia nada es imposible...»

Entre tantas dificultades, á través de tantos escollos, caminaba animoso Fr. Rafael, enteramente resignado y obediente á la voz de Dios, esperando con ansia ardiente que llegase la hora de su partida. Con presentimiento de su próxima muerte el 12 de Enero de 1882 escribió una carta á su hermana de París, en la que terminaba despidiéndose con un supremo adiós hasta que se encontrasen en el cielo. La salud de Fr. Rafael no daba aún los menores indicios de que las cosas debían llegar á un desenlace definitivo. Sin embargo, él, con intuición profética, tuvo conocimiento claro de su próximo porvenir. En efecto, la carta, aunque escrita el 12 de Enero, estaba fechada el 26 del mismo mes, que fué el día que siguió al de su muerte. No parece sino que, imaginándose ya en la gloria, desde allí invitaba á su hermana á que fuera á compartir con él aquella felicidad.

Al día siguiente de escribir esta carta, el 13 de Enero, sintiéndose excesivamente fatigado é indispuesto, se acostó en la cama para no levantarse más.

(Concluir á).

DE PEÑA DE FRANCIA

EN el último número del *Boletín Eclesiástico* hemos leído la siguiente advertencia: «Nuestro Excmo. Prelado recomienda encarecidamente á los venerables párrocos que por todos los medios que estén en su mano procuren no se pierda la piadosa costumbre que existe en muchos pueblos de la diócesis, de ir en rogativa ó peregrina-

ción á los santuarios de la Santísima Virgen, como el Cueto, Castillo, la Peña, Valdejimena, etc., en demanda de salud y buenos temporales». Estas palabras y el acercarse la temporada de verano, única en que se puede subir sin riesgo á la cumbre del risco en que se dignó colocar su trono como reina de la sierra Nuestra Señora de la Peña de Francia, nos han movido á tomar la pluma para dirigir una salutación á los devotos de este Santuario, y una palabra de animación á que suban á él á dar testimonio de su agradecimiento á la Virgen Santísima, su protectora. Yo bien sé que los hijos de la Sierra no necesitan que nadie les excite á la devoción de la Virgen de la Peña; les basta la mirada tierna y amorosa que les dirige desde su altar, para que se enciendan en amor hacia Ella; no tienen que hacer sino recordar los favores que la deben, para que su gratitud no deba tener límites; con sólo levantar sus ojos hacia el Santuario, se renovará el fervor de sus corazones, se avivará su confianza en la Madre de Dios y volará su pensamiento á los pies de la celestial Señora, á exponerla su gratitud, su amor, sus necesidades, sus penas y sus alegrías. Cuántas cosas tendrán que decir á la Virgen de la Peña sus cofrades y devotos. Cuántas plegarias la habrán enviado desde la última vez que la visitaron en su Santuario; cuántas veces habrán invocado su protección en medio de las aflicciones y de los peligros; cuántas veces habrán experimentado en el fondo de su corazón que la Virgen les escuchaba, que la Virgen les bendecía, ó habrán visto visible y palpablemente que su mano bienhechora venía á socorrerles y á librarles de sus infortunios y de sus peligros. Pues, si esto es cierto, justo es que se muestren agradecidos. Si la Virgen no cesa durante el año de esparcir sus bendiciones sobre los pueblos que rodean la montaña que la sirve de escabel, si está siempre dispuesta á despachar favorablemente las peticiones de sus devotos; deber de éstos es visitarla á lo menos una vez al año en su propia casa, para mostrarla su agradecimiento y expresarla más de cerca sus sentires. Devotos y cofrades de Nuestra Señora de la Peña de Francia, dejad á lo menos por un día vuestras casas y vuestras haciendas de las que Ella tantas veces ahuyentó la desgracia y la miseria; subid animosos la montaña coronada por la bendita imagen; postraos reverentes á los pies de María, que su mirada radiante os llenará de ternura y de felicidad. Allí se encenderá más y más vuestro corazón en amores, se avivará el fervor de vuestra devoción, se fortalecerá vuestra

alma para las luchas de la vida, y os parecerá, mientras allí estéis, que os encontráis más lejos de la tierra y más cerca del cielo. Qué satisfacción y qué gozo experimentará el corazón de la Virgen al ver que sus hijos no son ingratos, al contemplar desde el cielo las numerosas caravanas de fieles que suben por el risco para orar ante su imagen bendita, para depositar ante ella sus ofrendas, para dejar allí el testimonio de los beneficios recibidos, para pedir que les siga dispensando su protección... Y cómo se complacerá en recibir sus aclamaciones, en escuchar sus cantares sencillos, en oír sus fervorosas plegarias. Cinco siglos de experiencia demuestran el amor con que la Virgen mira á los pueblos de la Sierra, pues desde que hace 476 años que escogió aquellos lugares para asentar allí su trono como reina entre sus vasallos, no ha cesado de correr el río de favores y de gracias que fluye de aquel rico venero y se derrama por todos sus contornos. Por millares se cuentan sus milagros y favores, nadie que la invocó, pudo quejarse de no haber sido pronto escuchado, nadie que acudió á su Santuario en demanda de socorro, bajó de allí sin el remedio de sus miserias, sin el consuelo de sus penas. Así lo sienten y así se lo dicen á Ella los muchos devotos que durante la temporada de verano visitan aquellas alturas; así lo cantó también un poeta de la Sierra, cristiano, piadoso y amante de la Virgen:

El que suba aquella cuesta y en el pecho lleve agravios,
turbias aguas en los ojos y en los hombros dura cruz,
baja alegre sin la carga, con dulzuras en los labios,
con amores en el pecho y en los ojos mucha luz.

Suban, pues, los devotos hasta la casa de la Virgen con su amor y con sus dones, y al regresar, llevarán consigo la bendición de la Virgen para sí mismos, para sus casas y para sus haciendas.

X.

SECCION DE NOTICIAS

La fiesta de la Rosa.—El primer domingo de Mayo se celebró en el templo de San Esteban de Salamanca la poética fiesta de la Rosa. Después del sermón, predicado por el P. Director de la cofradía del Rosario, se procedió á bendecir las rosas, que fueron luego repartidas á los fieles al formarse la procesión. Esta resultó hermosa en extremo.

Nuevo monumento.—El día 17 de este mes tuvo lugar el descubrimiento de la estatua que la ciudad de Salamanca ha erigido al que fué su Obispo, P. Cámara, y tanto trabajó por su prosperidad. A la inauguración asistieron los Ilmos. Sres. Obispos de Salamanca, Pamplona, Plasencia y Ciudad-Rodrigo, las autoridades locales y numeroso público.

De Peña de Francia.—El día 14 salieron de este convento para el santuario de Nuestra Señora de la Peña de Francia cinco religiosos para celebrar la fiesta de la aparición de la bendita imagen de la Virgen.

El mal tiempo deslució los cultos y fué causa de que asistiera poca gente. Después de Pentecostés quedarán allí algunos religiosos para atender al culto del santuario y á los fieles que suban á ofrecer sus votos á la Santísima Virgen.

—También hemos tenido noticia del siguiente favor obtenido por intercesión de la Virgen de la Peña. D.^a María Bernarda Muñoz, domiciliada en Almenara, tenía el año pasado una hija gravemente enferma, hasta tal punto que el médico la había deshauciado y ya estaban preparadas las vecinas Balbina Bellido y Ascensión García para desempeñar el triste oficio de amortajarla. Su madre acudió confiada al valimiento de Nuestra Señora de la Peña de Francia y con gran confianza aplicó á la niña enferma una medida de la Virgen (que es una cinta de la longitud de su imagen y á ella tocada) que conserva de sus abuelos y enseguida vieron que empezó á revivir y á mejorar hasta verla pronto perfectamente curada. La favorecida se llama Clara y hoy goza de completa salud y juega con las otras niñas de su edad.

Conversión de un judío.—El día 23 de Abril tuvo lugar en la Catedral de Orihuela un acto tierno y consolador. David Bendiél, de 47 años de edad, comerciante de Casablanca (Marruecos) y judío desde su nacimiento, recibía el Sacramento del Bautismo, después de haber sido instruido en los misterios de la Religión Católica. Acto seguido recibió también el del matrimonio, pues se hallaba casado civilmente. Debe, en parte, su conversión al celo del Rvdo. P. Superior de las Misiones Franciscanas de Marruecos.

Otra conversión—En Málaga ha abjurado solemnemente los errores espiritistas que hasta el presente había defendido y propagado, D. José Maldonado Fernández.

Restitución.—A D. Ramón Dazapo, residente en Santiago de Galicia, le han sido devueltas, por medio del P. Delfín Fernández, franciscano, 6.000 pesetas que un penitente le entregó en el confesonario. Hechos de esta especie suceden casi todos los días, pero como los periódicos anticlericales no se enteran de ellos, prosiguen su campaña de injurias contra la Iglesia y sus ministros.

Mensaje.—Al celebrarse las fiestas de la Independencia de la República Argentina, la ciudad de Zaragoza ha querido corresponder, agradecida, al presente que en 1908 le envió la América Española, cuando por medio de uno de sus más ilustres Obispos ofreció á la Virgen del Pilar las diez y nueve banderas de las repúblicas que la componen. Para eso el Sr. Arzobispo de Zaragoza abrió una suscripción y con su producto se bordó una preciosa bandera, que en nombre de España y de la Virgen del Pilar será colocada en el templo de Nuestra Señora de Luján en Buenos Aires.

SALAMANCA.—Imp. de Calatrava, á cargo de Manuel P. Criado.